TRIFIODORO

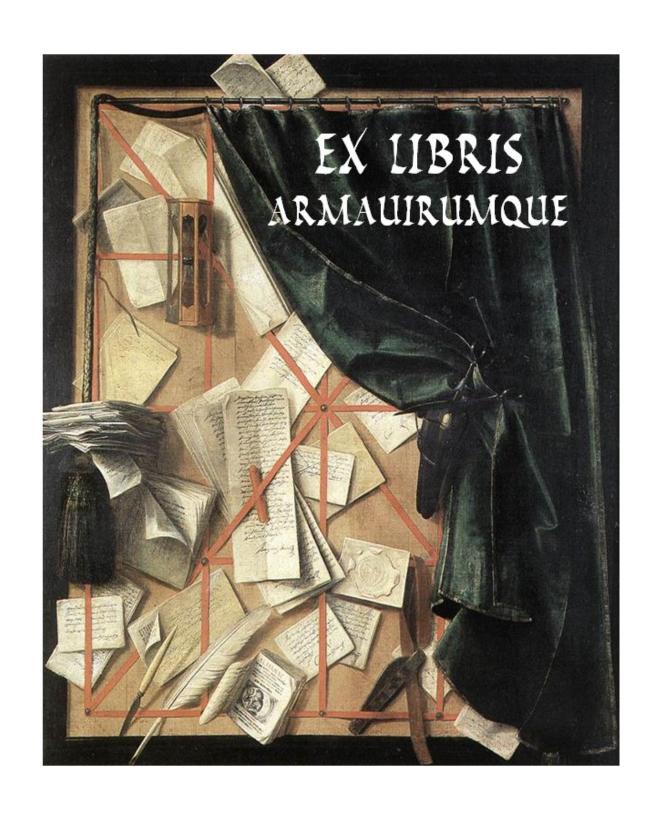
LA TOMA DE ILIÓN

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE
MANUEL Y EMILIO FERNÁNDEZ-GALIANO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 102



Asesor para la sección griega: Carlos García Gual.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por Luis Alberto de Cuenca y Prado.

Las traducciones, introducciones y notas han sido llevadas a cabo por: Manuel Fernández-Galiano *(Alejandra)* y Emilio Fernández-Galiano *(La toma de Ilión* y *El rapto de Helena).*

Depósito Legal: M. 6496-1987.

ISBN 84-249-1231-4.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6046.

TRIFIODORO

LA TOMA DE ILIÓN

INTRODUCCIÓN

1. *Vida*

En el léxico *Suda* se encuentran dos entradas sobre Trifiodoro, luego reproducidas al principio de los mss. *Matritensis Gr.* 4691 (*M*), *Vaticanus Gr.* 1406 (*V*) y *Yalensis* 255 (*Y*). En la primera de ellas se lee: «Trifiodoro, egipcio, gramático y poeta épico; escribió *Marathōniaká, La toma de Ilión, Hipodamía,* una *Odisea* sin una letra. Éste es un poema sobre los trabajos de Odiseo y cuantos mitos se cuentan acerca de él, y otras cosas». En la segunda: «...escribió varias cosas en verso épico; una paráfrasis de las comparaciones de Homero y muchas otras cosas».

Estas mínimas noticias pueden ampliarse gracias a los datos que nos aporta el propio nombre del poeta. En el léxico *Suda,* en los manuscritos y en autores tardíos (Eustacio, Tzetzes), el nombre atestiguado es *Tryphiódōros.* Sin embargo, ya E. Letronne, en el *Journal des Savants* 282 (mayo 1841) [1], aseguraba que los nombres griegos termi-

[1] La cita está sacada de B. Gerlaud, *Triphiodore. La Prise d'Ilion,* París, 1982, pág. 5, n. 1; por lo demás, es imprescindible para el interesado en Trifiodoro la lectura de los comentarios y la introducción de esta obra, en la cual nos hemos basado preferentemente.

nados en *-dōros* comienzan siempre por el nombre de una divinidad. Y en Egipto se veneraba a Trifis o Thrifis, sobre todo en Atripea (Cocrodilópolis), cerca de Panópolis. Esto fue apoyado por múltiples descubrimientos papirológicos procedentes de Panópolis [2], y en la actualidad es ya totalmente aceptada la grafía *Triphiódōros* (la transformación del nombre sería debida a los copistas, que lo derivaban, con falsa etimología, de *tryphḗ*).

Su lugar de nacimiento fue, pues, Panópolis o su región circundante, centro literario helenizado de cierta importancia, de donde eran también originarios Nonno, Horapolón el antiguo, Ciro y Pamprepio (y de Licópolis, ciudad cercana, procedían Plotino y Coluto).

Con respecto a las fechas de este poeta, puede decirse que se ha producido recientemente una verdadera revolución cronológica. Hasta hace muy pocos años se consideraba a Trifiodoro como alumno de Nonno y perteneciente a los siglos v o vi d. C. Sin embargo, J. R. Rea, editor del *Pap. Ox.* 2946, vol. XLI, 1972, págs. 9-10, que contiene los vv. 491-502 del poema de Trifiodoro, fechaba el papiro, por su tipo de escritura, entre los siglos III-IV d. C. [3]. No hay duda, pues, de que Nonno no es el modelo, sino el imitador de Trifiodoro, y las *Dionisíacas*, compuestas entre el 450 y el 470, resultan posteriores a *La toma de Ilión*. Pero se puede precisar más.

Gregorio Nacianceno, cuyos *Poemas* fueron compuestos en la segunda mitad del siglo IV, parece conocer la obra

---

[2] Cf. GERLAUD, *Triphiodore...*, pág. 5, n. 2.

[3] Ya algunos filólogos habían expresado objeciones a la datación tradicional: Wernicke señalaba las diferencias gramaticales entre Nonno y Trifiodoro; Weinberger y Wifstrand destacaban las divergencias con respecto a la métrica.

de Trifiodoro [4]. Por otra parte, el léxico *Suda, s. v.* «Néstor de Laranda», dice: «Licio, poeta épico... escribió una *Ilíada* a la que falta una letra; de forma similar Trifiodoro escribió una *Odisea;* en el libro primero no se encuentra la letra alfa, y así en cada canto falta la letra correspondiente» [5]. Como Néstor de Laranda es fechado, según el léxico *Suda,* en tiempos de Septimio Severo (193-211), el comienzo del siglo III sería un *terminus post quem* con relación a Trifiodoro. Dado que se pueden encontrar, además, en Trifiodoro reminiscencias de otros poetas de la época de los Antoninos y del comienzo de la dinastía de los Severos, como Dionisio el Periegeta, Opiano y, sobre todo, Quinto de Esmirna (fechado por Vian después del reinado de Alejandro Severo en 222-235), hay que deducir que la fecha aproximada de la composición de *La toma de Ilión* sería entre 250-350 d. C. Es, en cambio, azaroso aventurar con Gerlaud [6] que esta obra podría ser una más de las promocionadas por el emperador Constantino para relacionar su nueva capital, cuyas obras comenzaron hacia el año 324, con la antigua Ilión; Trifiodoro, en los vv. 653-655, resaltaría la transmisión de la herencia troyana a los romanos y de éstos a los nuevos romanos de Constantino.

Poco más se puede añadir con respecto a su vida. No es fácilmente deducible que residiera en Alejandría [7] y

---

[4] Cf. GERLAUD, *Triphiodore...*, pág. 7, n. 5.

[5] Eustacio nos da la noticia de que Timolao de Larisa escribió unos *Trōïká* que compuso intercalando alternativamente una línea suya con otra de la *Ilíada* de Homero, y luego afirma que Trifiodoro escribió una *Odisea* de la cual suprimió la sigma.

[6] *Triphiodore...*, págs. 8-9.

[7] Así GERLAUD, *ibid.*, pág. 9.

es descartable [8] que el v. 604 refleje su condición de cristiano.

2. *Obra*

La única de las obras que han llegado hasta nosotros de las mencionadas en el léxico *Suda* es un poema llamado *La toma de Ilión* [9], de composición clara y sencilla, que cuenta la leyenda de la toma de Troya siguiendo un orden cronológico (invocación a Calíope, vv. 1-5; prólogo, 6-56; descripción del caballo de Troya, 57-107; primer día, 108-234; segundo día, 235-505; la última noche, 506-663; el poeta interrumpe su narración, 664-667; el fin, 668-691).

Más difícil es, en cambio, intentar detallar las fuentes de Trifiodoro. El tema de la toma de Troya es muy antiguo, anterior a Homero, que alude a la muerte del rey Príamo y al fin de la ciudad y menciona los episodios más importantes. Luego, fue tratado en dos poemas del Ciclo, la *Iliupersis* de Arctino y la *Pequeña Ilíada* de Lesques, obra esta última de gran predicamento hasta su desaparición en el siglo VI d. C.; desde entonces ya se encuentra un poco en todas partes: en un poema de Estesícoro llamado *Iliupersis,* en muchas tragedias, en los mitógrafos, en historiadores de época helenística, en multitud de epigramas de la *Antología Palatina.* En época romana el auge no fue menor, pues tanto Livio Andronico como Nevio escribieron un *Equus Troianus;* Ennio redactó una *Andró-*

---

[8] Cf. MAIR, en pág. 576 de su edición de Opiano, Coluto y Trifiodoro (Londres, 1928).

[9] Sobre su título, cf. LIVREA en pág. V, n. 1 de su edición en Leipzig, Teubner, 1982; sobre la posible intención del título, cf. GERLAUD, *Triphiodore...*, pág. 10.

maca; Séneca unas *Troyanas,* y el emperador Nerón leyó durante el incendio de Roma su *Halosis Ilii.*

Son, como se ve, abundantes los materiales, en gran parte desaparecidos, que pudo utilizar Trifiodoro [10], poeta erudito y de amplias lecturas, pero de muy poca inventiva personal (quizá tan sólo es novedad en su obra el motivo del muro que rodea el caballo y cierta forma personal de describir los detalles). En términos generales, Trifiodoro imita mucho a Homero y al Ciclo, sobre todo a la *Pequeña Ilíada.* En él hay mucho de los trágicos, especialmente de Eurípides, y de los poetas helenísticos, de Apolonio ante todo, pero también de Licofrón y de Calímaco, con quien comparte la afición por el epilio; por último, es importante la influencia de los epigramas de la *Antología* y de Quinto de Esmirna.

A todo ello algunos críticos pretenden añadir las fuentes latinas. Es evidente que las coincidencias entre Trifiodoro y, por ejemplo, Plauto son debidas al tema. En cambio, se ha mantenido con mucha seriedad [11] que Trifiodoro imita servilmente el libro II de la *Eneida,* a veces estropeando el modelo. Sin embargo, es convincente la posición de Gerlaud [12], que niega de plano tal influencia.

A su vez, Trifiodoro fue leído e imitado en épocas posteriores, siendo reseñable la influencia que ejerció en Coluto, Gregorio Nacianceno, Paulo el Silenciario y, sobre todo, Tzetzes.

---

[10] Siempre teniendo en cuenta que nunca imita servilmente, sino que practica la *variatio in imitando,* aportando modificaciones o transposiciones a su modelo.

[11] E. Cesareo especialmente; antes Noack y Castiglioni; luego, Funaioli, Keydell y d'Ippolito.

[12] *Triphiodore...,* págs. 42-47.

3. *Lengua y metro*

Es especialmente destacable que más del 80% del vocabulario de Trifiodoro sea de origen homérico, con predilección por los términos raros [13], que con frecuencia cambian de sentido o aplicación, lo cual hace su estilo muy peculiar (son continuos los juegos de palabras, aliteraciones, rima interior, homeoteleutos, etc.).

En lo que atañe al metro, Trifiodoro sigue las normas de su época, pero está más cercano en su versificación a Quinto de Esmirna que a Nonno [14].

4. *Nuestra traducción*

Traducimos el texto ofrecido en la edición de Livrea, citada *supra*, salvo en los vv. 40, 43, 98, 103, 107, 131, 205, 229, 325, 337, 545, 582 y 593, en los que preferimos las lecturas o conjeturas acogidas por Gerlaud, *Triphiodore... (supra cit.)*.

---

[13] Según GERLAUD, *ibid.*, pág. 51, n. 7, en *La toma de Ilión* se repiten 115 *hápax* homéricos y 70 *dìs legómena*.

[14] Cf. detalles, *ibid.*, págs. 53-54.

BIBLIOGRAFÍA

Es indispensable consultar la muy completa relación bibliográfica de LIVREA en págs. XXII-XXV de su edición, publicada en Leipzig, Teubner, 1982.

Destacamos aquí lo que nos parece más esencial.

Ediciones:

La *editio princeps* es Aldina (Venecia, 1504-1505). Luego, las mejores son: F. JAMOT (París, 1557), H. STEPHANUS (París, 1566), F. A. WERNICKE (Leipzig, 1819), W. WEINBERGER (Leipzig, 1896), A. W. MAIR (Londres, 1928), B. GERLAUD (París, 1982) y E. LIVREA *(supra cit.).*

Traducciones:

Las más modernas y útiles son las que acompañan a las ediciones de Mair y Gerlaud antes citadas. Hay que señalar, además, la digna, aunque no exacta, traducción en verso de M. JIMÉNEZ AQUINO, publicada en Madrid en 1923.

Comentarios y artículos:

L. CASTIGLIONI, «Tryphiodorea. Trifiodoro e Virgilio», *Riv. Filol. Istr. Class.* 54 (1926), 501-517.

I. CAZZANIGA, «La Laodice Priamide di Trifiodoro e la tradizione di Euforione, Licofrone e Polignoto», *Parol. Pass.* 14 (1959), 321-336.

E. CESAREO, «Trifiodoro e l'*Iliupersis* di Virgilio», *St. It. Filol. Class.* 6 (1928), 231-300.
— «Qua ratione Tryphiodorus Vergilii Nyctomachian, Necem Priami, nonnullos praeterea locos imitatione prosecutus sit», *St. It. Filol. Class.* 7 (1929), 265-304.
F. J. CUARTERO, «Las fuentes de Trifiodoro», *Bol. Inst. Est. Hel.* 7, 1 (1973), 39-43.
G. D'IPPOLITO, *Trifiodoro e Vergilio: il proemio della Presa di Ilio e l'esordio del libro secondo dell'Eneide,* Palermo, 1976.
G. FUNAIOLI, «Virgilio e Trifiodoro», *Rhein. Mus.* 88 (1939), 1-7.
R. KEYDELL, «Triphiodoros», en *RE,* XIII, 1939, cols. 178-181.
W. F. J. KNIGHT, «*Iliupersides*», *Class. Quart.* 26 (1932), 178-189.
J. LA ROCHE, «Zur Prosodie und Metrik der späteren Epiker: I. Quintus Smyrnaeus, Kolluthos, Tryphiodor, Museios, Nikander, Oppian und Manethon», *Wien. Stud.* 22 (1900), 35-55.
P. LEONE, «*La Presa di Troia* di Trifiodoro», *Vichiana* 5 (1968), 59-108.
E. LIVREA, «Per una nuova edizione critica di Trifiodoro», *Riv. Filol. Istr. Class.* 104 (1976), 443-452.
— «Un nuovo codice di Trifiodoro», en *Scritti in onore di S. Pugliatti,* V, Milán, 1978, págs. 499-508.
A. LUDWICH, «Zu Tryphiodoros», *Rhein. Mus.* 69 (1914), 567-568.
T. W. LUMB, «Notes on Tryphiodorus and Others», *Class. Rev.* 38 (1924), 113.
F. NOACK, «Die Quellen des Tryphiodoros», *Hermes* 27 (1892), 452-463.
P. ORSINI, «Tryphiodore et la μίμησις», *Pallas* 21 (1974), 3-12.
W. WEINBERGER, «Studien zu Tryphiodor und Kolluth», *Wien. St.* 18 (1896), 116-159; 161-179.
A. WIFSTRAND, *Von Kallimachos zu Nonnos,* Lund, 1933.

Reseñas:

Es provechosa la lectura de las reseñas de M. L. WEST (*Class. Rev.* [1983], 184-187), M. CAMPBELL (*Journ. Hell. St.* 104 [1984], 220) y A. COLONNA (*Paideia* 39 [1984], 116-118), todas ellas sobre las ediciones de Gerlaud y Livrea a la vez.

LA TOMA DE ILIÓN

La meta final [1], que tanto se hizo esperar, de la muy penosa guerra y la emboscada [2], obra ecuestre de la Atenea argiva, dando rienda suelta a una amplia narración cuéntame en seguida, Calíope, porque estoy impaciente [3], y concluye en rápido canto, una vez decidido el conflicto, la antigua querella de los hombres.

Aunque ya el décimo año estaba corriendo, Enio [4], anciana insaciable de muertes, arreciaba para Troyanos y Dánaos; estaban fatigadas las lanzas de los hombres que morían, las amenazas de las espadas perecían, se apagaba el estrépito de las corazas, se consumían y rompían las enrolladas suturas de las correas que sujetaban las rodelas, los escudos no podían soportar ya el sordo golpe de las jabalinas, se aflojaban los curvos arcos, caían por el suelo las veloces flechas. Y, entre los caballos, unos, ociosos y

[1] Nótese la broma que representa que entre las primeras palabras esté precisamente «final».

[2] Metafóricamente, el caballo de Troya; cf., p. ej., Eurípides, *Troyanas* 534.

[3] Cf. B. Gerlaud, *Triphiodore. La Prise d'Ilion*, París, 1982, página 104, pero el texto es discutido.

[4] Diosa de la guerra.

apartados en su pesebre, humillando sus cerrados ojos gemían por sus compañeros de yugo, otros añoraban a sus aurigas muertos. Yacía enterrado el Pelida junto a su camarada difunto [5]; sobre su hijo Antíloco lloraba el anciano Néstor, y Ayante, destruyendo su poderoso cuerpo con herida que él mismo se había asestado, lavó la espada enemiga [6] en la lluvia de su enfurecida sangre. Pero los Troyanos, que lamentaban el ultrajante arrastre de Héctor, no sólo sentían su propio dolor, sino también, gimiendo por penas foráneas, respondían a las lágrimas de sus aliados de variadas lenguas. Lloraban los Licios a Sarpedón [7], a quien un día su madre, honrada en el lecho de Zeus, envió a Troya, y sobre el cual, caído bajo la lanza del Menecíada Patroclo, se derramó el Aire paterno vertiendo lágrimas de sangre. Los Tracios gritaban de dolor por Reso [8], encadenado en la traidora noche por funesto sueño. Ante la muerte de Memnón [9] su madre, la Aurora, se retiró a una nube celeste que robó la luz del día ensombrecido. Las mujeres llegadas del Termodonte [10], querido por Ares, golpeando el globo en agraz de su seno que no amamanta,

---

[5] Patroclo.

[6] La de Héctor, que Ayante, después de un duelo, había recibido como regalo a cambio de su cinturón.

[7] Hijo de Zeus y Laodamía que acudió a Troya con un contingente licio; fue muerto por Patroclo y despojado de sus armas. Se contaba que Zeus envió una lluvia de sangre y ordenó a Apolo que recogiese su cadáver y lo llevara a Licia.

[8] Héroe tracio hijo de Eyoneo que fue a Troya con sus blancos y veloces caballos. Lo mataron Diomedes y Odiseo.

[9] Hijo de Titono y la Aurora. Acudió a Troya al mando de los Etíopes en ayuda de su tío Príamo, pero fue muerto por Aquiles.

[10] Las Amazonas tenían su capital, Temiscira, a orillas del Termodonte, en Capadocia. Acudieron a Troya bajo el mando de Pentesilea.

lloraban a la valerosa virgen Pentesilea, quien, tras haber acudido al coro de la guerra pródiga en extranjeros, dispersó con su femenina mano a una nube de hombres hasta las naves cercanas al mar; solo Aquiles, haciéndole frente con su lanza de fresno, la mató y despojó de sus armas y le tributó honras fúnebres.

Pero todavía Ilión entera, asentada sobre firmes cimientos, se mantenía en pie gracias a sus torres divinas, y el ejército de los Aqueos se irritaba por el penoso retraso. Atenea, aun infatigable como es, habría sudado en vano rehuyendo los últimos esfuerzos, si no hubiera llegado como huésped para los Dánaos desde Ilión, apartándose de la violencia adúltera de Deífobo, un adivino [11], quien, como si sintiera simpatía hacia el sufridor Menelao, vaticinó para su propia patria una ruina que iba a cumplirse tiempo después. Y los Aqueos, según las predicciones del celoso Héleno, al punto prepararon el fin de su largo combate. Tras dejar Esciros, la ciudad de bellas vírgenes, llegaba el hijo de Aquiles y de la loable Deidamía [12]; sin vello todavía en sus hermosas mejillas, mostraba el vigor de su padre aun siendo un joven guerrero. Vino también Atenea hasta los Dánaos aportándoles su sagrada imagen [13], robada durante la guerra, pero auxiliadora para sus amigos.

[11] Héleno, hijo de Príamo y de Hécuba y hermano gemelo de Casandra. Poseía como su hermana el don de profetizar. A la muerte de Héctor pretendió casarse con Helena, pero Príamo decidió que la boda se celebrase con Deífobo. Disgustado con los Troyanos propició con sus vaticinios la caída de Troya.

[12] Neoptólemo, que residía hasta entonces en la corte de su abuelo Licomedes, rey de la isla de Esciros.

[13] El Paladión, estatua arcaica de madera que se conservaba en Troya desde su fundación. Se creía que la ciudad sería inexpugnable mientras la conservase, y por ello la robaron Odiseo y Diomedes.

Y ya, por consejo de la diosa, su servidor Epeo [14] construía un enorme caballo, ofrenda enemiga para Troya. Ya habían sido cortados los troncos y bajaban a la llanura desde el mismo Ida donde también antaño Fereclo [15] construyó unas naves para Alejandro, origen de la desgracia. Epeo construía, ahuecándolo, el vientre, adaptado a los anchos costados, a la manera como el carpintero tornea exactamente a cordel el interior de una nave de doble comba. Fijó el cuello a los cóncavos pechos, derramando amarillo oro sobre la purpúrea crin; y ésta, ondeando por los aires sobre el redondeado cuello, fue sellada en lo más alto con empenachada banda. En los dos orbes colocó como ojos piedras preciosas, berilo verde y amatista roja como la sangre; y, con una mezcla centelleante de dos colores, los ojos brillaban rojizos en sus órbitas de verdes piedras. Para las mandíbulas talló dientes blancos como la plata, prestos a mascar el extremo del bien curvado freno; abrió ocultos caminos en la enorme boca para conservar el flujo respiratorio a los hombres escondidos, y el aire vivificador fluía también a través de los ollares. En lo más alto de las sienes ajustó orejas muy tiesas, siempre prontas a esperar el sonido de la trompeta. Unió a los flancos el lomo y el flexible espinazo y ligó las ancas a las lisas nalgas. La suelta cola se estiraba hasta el extremo de las patas como viña que cae en curvas cepas. Las patas, que seguían a las ágiles rodillas, se apresuraban como si fueran a aprestarse para inmóvil carrera; pero la necesidad les obligaba a permanecer quietas. Y no carecían de bronce los

[14] Hijo de Panopeo. Venció en el certamen de pugilismo en los juegos fúnebres en honor de Patroclo, pero su mayor gloria fue haber hecho el caballo de madera.

[15] Troyano que construyó para Paris el barco con el que raptó a Helena.

cascos que sobresalían bajo las patas, sino que, estando recubiertos con una envoltura de reluciente concha de tortuga, tocaban apenas el suelo con su robusta pezuña broncínea. Puso encima una puerta cerrada y una sólida escala, la una, adaptada a los costados de forma invisible, para que dejara entrar y salir a los Aqueos emboscados en el ilustre caballo, la otra para que, desplegada y firmemente ensamblada, fuese para ellos una vía para lanzarse hacia arriba o hacia abajo. Y ciñó su blanco cuello y sus quijadas con el purpúreo brillo de las riendas y las tortuosas espirales del imperioso freno que incrustó con marfil y metal de blancos destellos. Y, cuando hubo fabricado del todo el belicoso caballo, fijó bajo cada una de sus patas una rueda de buenos radios, a fin de que, al ser arrastrado por la llanura, se mostrara dócil y no hiciera difícil el camino de los que lo empujasen.

Así brillaba, temible y con mucha hermosura, el ancho y alto caballo; ni siquiera Ares el caballero se habría negado a cabalgarlo si lo hubiese encontrado vivo. Y en torno suyo se tendió un gran muro, no fuera que alguno de los Aqueos lo viese antes de tiempo y revelara la notoria trampa.

Cerca de la nave micénica de Agamenón, para evitar el alboroto y la oía de guerreros agitados, los reyes de los Aqueos se reunieron en asamblea. Tomando el aspecto de un heraldo de potente voz, la impetuosa Atenea se colocó junto a Odiseo como consejera, untando la voz del héroe con meloso néctar. Éste, meditando en los consejos divinos, primero quedó quieto y semejante a un hombre de poco entendimiento, fijando en tierra la mirada de sus ojos inmóviles, pero, de pronto, se puso a parir inagotables palabras, tronó terriblemente y, como de aérea fuen-

te, hizo brotar un gran torrente de lluvia que fluía como miel.

«¡Oh, amigos, ya la secreta trampa está terminada con manos humanas, pero por consejos de Atenea! Vosotros, que habéis confiado sobre todo en la fuerza de vuestras manos, seguidme decididos con valerosa mente y audaz espíritu; pues no conviene que estemos aquí durante mucho tiempo fatigándonos en vano y envejeciendo sin provecho, sino que es preciso que, vivos, llevemos a cabo hazaña digna de ser cantada o con sangrienta muerte evitemos la infame cobardía. Superiores son las esperanzas para nosotros que para ellos, si no habéis olvidado todavía el gorrión y la antigua serpiente y el hermoso plátano y la madre de tiernas crías que es apresada tras sus efímeros hijos [16]. Si el viejo Calcante en sus predicciones aplazó el final, en cambio ahora las profecías de Héleno, el adivino extranjero, nos invitan a una pronta victoria. Hacedme, pues, caso y, resueltos, apresurémonos a subir al vientre del caballo para que los Troyanos, rodeando de cariño su propia perdición, introduzcan en Ilión un dolor voluntariamente aceptado, la traidora obra de la intrépida diosa. Y los demás soltad los cables de popa de las naves después de haber incendiado cada uno vuestras trenzadas tiendas; dejad desierta la costa de la tierra ilíade y navegad todos a la vez en fingido retorno a casa hasta el momento en que, al atardecer, un fuego encendido en un puesto de vigilancia del puerto os dé, cuando estéis reunidos en vecina playa, la

[16] Trifiodoro alude aquí a Hom., *Ilíada* II 308 ss., donde se cuenta que, cuando los Griegos estaban haciendo un sacrificio en Áulide, una serpiente salió del altar, subió a un plátano y devoró a un gorrión y a sus ocho crías. Calcante, el adivino hijo de Téstor, profetizó que Troya sería tomada en el décimo año de la guerra.

señal de navegar de vuelta. Y que no sobrevenga entonces ninguna pereza de los apresurados remeros ni nube alguna de miedo, como el terror que producen las noches a los hombres de espíritu ligero. Que haya un respeto familiar por el antiguo valor y nadie empañe con deshonor su fama, de forma que cada uno obtenga en el combate recompensa digna de sus esfuerzos.»

Así habló abriendo el consejo. Y a sus palabras se unió el primero Neoptólemo, semejante a un dios, como un potro que se lanza por la llanura húmeda de rocío y que, ufanándose de su testera con nuevos adornos, se anticipa al látigo y a la amenaza del auriga. Y el Tidida Diomedes saltó tras Neoptólemo, admirado de que Aquiles se hubiera parecido tanto a él. Siguió también Cianipo [17], a quien la Tideide Cometo, la de noble padre, tras haber gozado de cortas nupcias, dio como hijo a Egialeo, el portador de escudo cuyo destino fue breve. Se levantó también Menelao; pues le incitaba salvaje impulso a luchar contra Deífobo, y su rudo corazón ardía en deseos, ansioso de encontrar al segundo raptor de su esposa. Tras él se lanzó el rápido locro hijo de Oileo, que todavía mantenía el ánimo sensato y no se enfurecía impíamente contra las vírgenes [18]; se alzó también otro, Idomeneo, el canoso rey de los Cretenses. Con ellos marchó el poderoso Trasimedes el Nestórida, e iba detrás el hijo de Telamón, el arquero Teucro; tras ellos se levantó el vástago de Adme-

[17] Argivo hijo de Cometo y Egialeo, el único de los llamados Epígonos que murió en la toma de Tebas.

[18] Ayante, el hijo de Oileo, acudió a Troya al mando de cuarenta naves. Destacó en la guerra por su rapidez y su destreza con el arco, pero cometió un sacrilegio al atacar a Casandra cuando ésta estaba refugiada en el altar de Atenea.

to, Eumelo, poseedor de muchos caballos; a su zaga se apresuró el adivino Calcante, que bien sabía que los Aqueos, poniendo término a su extraordinario trabajo, arrollarían ya con el caballo la ciudad troyana. Tampoco se quedaron atrás, sino prestaron su ayuda Eurípilo el Evemónida y el excelente Leonteo y Demofonte y Acamante, hijos los dos de Teseo, y Anticlo el Ortígida, a quien, muerto en el propio caballo, iban a enterrar llorosos los Aqueos, y Penéleo, Meges y el valeroso Antífates, e Ifidamante y Euridamante, descendientes de Pelias, y Anfidamante armado con su arco; el último, a su vez, el ingenioso Epeo se dispuso a subir a su obra [19].

Tras hacer una súplica entonces a la hija de Zeus, la de claros ojos, se apresuraban a montar en el navío ecuestre; y Atenea, mezclando para ellos ambrosía [20], les dio el alimento de los dioses como comida, para que, emboscados durante todo un día, no estuvieran atormentados y con sus rodillas entorpecidas por la cruel hambre. Y como cuando, por la escarcha de las nubes que corren en las tempestades, se espesa el aire y cubre los campos la nieve, que, al derretirse, hace nacer un caudaloso torrente; y al saltar rápido desde una roca con tumultuosos brincos, las fieras, asustadas ante el estruendo del río nutrido en la montaña, se refugian en el fondo de su hueco cubil y en silencio allí se quedan con temblorosos flancos, y, sufrien-

[19] De los diferentes catálogos que citaban a los héroes que entraron en el caballo, se han conservado, además de éste, los de Virgilio *(Eneida* II 261-264), Higino *(Fáb.* 108), Quinto de Esmirna (XII 314-335) y Tzetzes *(Posthom.* 641-650). En Trifiodoro aparecen siete nombres (Cianipo, Calcante, Penéleo, Antífates, Ifidamante, Euridamante y Anfidamante) que no se encuentran en los demás.

[20] Para el uso aquí de la palabra, cf. Gerlaud, *Triphiodore...*,

do aguda hambre, esperan pacientes por penosa necesidad a que cese la intensidad de las aguas; así los Aqueos, tras haber saltado a su hueca guarida de madera, soportaban infatigables las insufribles molestias. Les cerró la puerta del preñado caballo Odiseo, el fiel guardián de la trampa imposible de adivinar. Él mismo se sentó en la cabeza como vigía; pero sus ávidos ojos pasaban inadvertidos a los que estaban fuera.

El Atrida ordenó a sus servidores aqueos que derribaran con los bien curvados picos la valla de piedra donde el caballo estaba escondido; deseaba dejarlo al descubierto para que, visible desde lejos, transmitiera su encanto a todos los hombres. Por mandato del rey la demolieron; y cuando el sol, que trae para los hombres la sombría noche, dirigió a la aurora, que dispara sus rayos desde lejos, hasta el ocaso de brumosos pies, entonces ya la voz de los heraldos se extendió entre el ejército para ordenarles huir y arrastrar al cóncavo mar las naves de bellos espolones y soltar las amarras. Luego, blandiendo el ímpetu del fuego resinoso, quemaron las cercas de las sólidas tiendas y navegaron en sus naves desde el cabo Reteo [21] hasta el cercano puerto de Ténedos, la bien coronada de torres, surcando las claras aguas de la Atamántide Hele [22]. Solo, desgarrado su cuerpo por golpes voluntarios, quedó Sinón [23] el Esímida, el héroe engañador, que ocultaba un secreto ardid y sufrimientos para los Troyanos. Como cuando los cazadores fijan una red en torno a estacas tendiendo una

[21] Cabo de la Tróade.

[22] El Helesponto.

[23] Hijo de Ésimo, hijo a su vez de Autólico y hermano de Anticlea, la madre de Odiseo. Su actuación es también recogida por Virgilio, Licofrón y Quinto.

trampa de muchas mallas para las fieras que vagan por los montes; y uno solo, aparte de los demás, deslizándose furtivamente bajo el espeso ramaje, queda oculto en acecho de la caza vigilando las redes; así entonces, con su desfigurado cuerpo plagado de heridas, planeaba Sinón una triste destrucción para Troya; y por sus hombros fluía la sangre a borbotones a causa de los golpes por sí mismo inferidos. Y en torno a las tiendas durante toda la noche se enfurecían las llamas vomitando humo que se enroscaba en errantes torbellinos; pues lo ordenaba Hefesto, el de tonante voz; y agitó toda clase de tempestades, mientras soplaba también la propia Hera, la madre del fuego inmortal, la que trae la luz a los hombres.

Y ya a los Troyanos y a las mujeres de Ilión les llegó en el sombrío amanecer el rumor de muchas voces que anunciaba por el delatador humo la huida enemiga. E inmediatamente se lanzaron fuera descorriendo los cerrojos de las puertas y, a pie o en carro [24], se derramaban por la llanura no sabiendo si se trataba de otro nuevo engaño de los Aqueos. Tras uncir rápidas mulas a los carros bajaban desde la ciudad con el rey Príamo los demás ancianos del pueblo; y se mostraban más ligeros que nunca, esperanzados en cuanto a los hijos que les había dejado con vida el sanguinario Ares y previendo para ellos mismos una vejez en libertad; pero no iban a alegrarse durante mucho tiempo, porque así lo decretaba la voluntad de Zeus.

Cuando vieron la resplandeciente talla del artístico caballo, lo rodearon admirados igual que alborotadores grajos que, al ver una poderosa águila, dan gritos a su alrededor. Y vino entonces para ellos una confusa e indecisa deliberación; porque unos, fatigados por los profundos do-

[24] Cf. Gerlaud, *Triphiodore...*, pág. 129.

lores de la guerra y odiando al caballo, pues era obra de los Aqueos, querían estrellarlo en profundos abismos o deshacerlo con hachas de doble filo; pero otros, seducidos por aquella obra de arte recién pulida, aconsejaban dedicar a los inmortales el caballo digno de Ares para que fuera en lo futuro recuerdo de la guerra argiva.

Y, mientras ellos deliberaban, apareció desnudo en la llanura, arrastrando sus cárdenos miembros, un hombre en penoso estado; sus contusiones, hinchadas de indigna sangre, mostraban las infamantes huellas de los rápidos azotes. E inmediatamente rodó ante los pies de Príamo, tocó con manos suplicantes sus ancianas rodillas y, rogando al viejo, pronunció entre lamentos este discurso urdido con mentiras:

«Si tienes compasión de mí, un hombre que navegó con los Argivos, si me concedes la vida como protector de los Troyanos y de su ciudad, ¡oh Dardánida portador del cetro y último enemigo de los Aqueos!, mira cómo han ultrajado, sin preocuparse del castigo de los dioses, a quien no era culpable de nada los siempre malvados y crueles; así arrebataron su recompensa al Eácida Aquiles [25], así abandonaron a Filoctetes impedido por una serpiente y, llenos de envidia, mataron incluso al propio Palamedes [26]. Y ahora, en su loco orgullo, ved qué cosas me han hecho porque no quería huir con ellos y aconsejaba a mis compañeros que se quedasen; dominados por el orgullo que turba la razón, me despojaron de mis vestidos y, tras haber

[25] Alusión a Briseida, la esclava que Agamenón arrebató a Aquiles.

[26] Hijo de Nauplio, el rey de Eubea, descubrió que era falsa la locura que Odiseo pretextaba para no acudir a Troya. Odiseo se vengó enterrando oro en la tienda de Palamedes y falsificando una carta de Príamo, por lo que Palamedes fue condenado a muerte y lapidado.

herido todo mi cuerpo con vergonzosos látigos, me han abandonado en costa extranjera. ¡Ea, oh bienaventurado, respeta la majestad de Zeus, el dios de los suplicantes! Pues me convertiré en motivo de gozo para los Argivos si permites que muera a manos de los Troyanos un suplicante y un huésped. Pero, en caso contrario, seré para todos vosotros una garantía para que no temáis la vuelta de la guerra de los Aqueos.»

Así habló; y el anciano lo apaciguó con dulce voz:

«Extranjero, no debes ya, unido a los Troyanos, tener miedo, pues has escapado de la violencia malvada de los Aqueos. Siempre serás nuestro amigo, y no se apoderará de ti la dulce nostalgia de tu patria o de sus ricos palacios. Pero, ¡ea!, dime tú por qué se ha construido esta maravilla, un caballo, monstruo de amargo terror; y dime también tu nombre y tu estirpe y desde dónde te han traído las naves.»

Tranquilizándose le dijo el héroe de muchas tretas:

«Te contaré también esto; pues no me mandas sino lo que yo quería. Argos es mi ciudad, Sinón tengo por nombre; Ésimo llaman a mi canoso padre. El caballo, anunciado hace tiempo a los Argivos, lo ha discurrido Epeo; si dejáis que quede aquí en este lugar, está determinado que la lanza de los Aqueos tomará la ciudad troyana; pero si Atenea lo recibe en su templo como ofrenda sagrada, escapando dejarán en su huida la empresa inacabada. Vamos, pues, echad a su alrededor dogales entrelazados y arrastrad hasta la gran acrópolis el caballo de riendas de oro; y Atenea, la protectora de la ciudad, nos guiará apresurándose ella también a recibir la artística ofrenda.»

Así habló; y el soberano ordenó que recibiera un manto y una túnica para vestirse, y los Troyanos, tras haberlo atado con dogales de piel de buey, arrastraban por la lla-

nura con cables bien trenzados el caballo, montado en rápidas ruedas y repleto de héroes; delante de él las flautas y las forminges entonaban al unísono un canto. ¡Desgraciada raza la de los insensatos mortales, a quienes una niebla impide ver el futuro! Pues muchos hombres, bajo el efecto de un vano gozo, a menudo tropiezan sin saberlo con su perdición. Así también entonces la ruina mortífera para los Troyanos entró festivamente en la ciudad por sus propios pasos; y ninguno de los hombres sabía que estaba arrastrando con ímpetu un duelo inolvidable. Recogiendo del Simunte [27] flores empapadas de rocío, trenzaban coronas sobre la crin del cuello de su asesino. Y la tierra, desgarrada por las ruedas de bronce, gruñía terriblemente, y los ejes de hierro, al frotar en ellas, gemían con bronco ruido; rechinaban las juntas de los cables y la cuerda espiral, tensa toda ella, despedía negruzco humo. Se levantaba enorme griterío y estruendo de los que arrastraban; bramaba el umbroso Ida con sus hayas habitadas por las Ninfas, gritaba también el agua mugiente del río Janto, resonaban las bocas del Simunte; y la trompeta celeste de Zeus vaticinaba la guerra atraída por ellos mismos. Mas seguían avanzando; el largo camino era agotador, surcado por ríos y no semejante a una llanura. Pero el deslumbrante caballo seguía hacia los altares amados por Ares pavoneándose orgulloso, y Atenea prestaba su fuerza apoyando las manos sobre la grupa recién tallada; y así, en insuperable carrera, corrió más rápido que una flecha, persiguiendo a los Troyanos con su marcha a ágiles saltos, hasta que ya alcanzó las puertas Dardanias. Eran estrechas para su paso las jambas; pero Hera dejó libre camino a su carrera derri-

[27] Río que atraviesa la Tróade.

bándolas ante él, y Posidón, desde la muralla, rompió con su tridente el dintel de las puertas abiertas.

La mujeres troyanas a lo largo de la ciudad, aquí y allá, las doncellas, las casadas y las conocedoras de Ilitía [28], giraban en torno a la imagen con cantos y danzas; otras, recogiendo los nacientes dones de la lluvia, tendieron tapices de rosas bajo el caballo remolcado; algunas, desatando de su pecho las hiladas bandas de púrpura marina, coronaban la efigie con estas textiles flores. Y una de ellas, tras hacer saltar la tapa de una inmensa tinaja, derramó vino mezclado con dorado azafrán y perfumó con el oloroso licor la tierra empapada. Con el viril clamor coincidía el griterío femenino, y la algarabía de los niños se mezclaba con la voz de la vejez. Y como las aves migratorias del opulento Océano, las servidoras del invierno, las grullas [29] que en fila gritan por los aires y trazan el círculo de su danza errante emitiendo chillidos odiosos para los labradores que trabajan la tierra, así los Troyanos, entre gritos y tumulto a lo largo de la ciudad, conducían hasta la acrópolis al caballo cargado en su interior.

Pero la hija de Príamo [30], la inspirada por un dios, no quiso ya quedarse en sus habitaciones; y, tras haber roto los cerrojos, corría cual una novilla ligera como el viento, llena de turbación cuando le pica el aguijón del tábano atormentador de bueyes; ya no mira hacia el rebaño ni obedece al boyero ni se preocupa del pasto, sino que, aguijada por el agudo dardo, escapa de los lugares acostumbrados; tal la muchacha, errante su corazón por

[28] Diosa del nacimiento.

[29] Alusión quizá a la danza de la grulla ejecutada por Teseo en Delos a su regreso de Creta.

[30] Casandra.

la picadura del dardo profético, agitaba el laurel sagrado. Por doquier mugía a través de la ciudad; y no se preocupaba ni de sus padres ni de sus amigos; pues la había abandonado el pudor virginal. No tanto hirió nunca en los bosques la dulce flauta de Dioniso errante por los montes a una mujer tracia [31], quien, golpeada por el dios, dirige extraviadas miradas agitando su desnuda cabeza ornada con negra hiedra, como desvariaba Casandra, llevada por divina locura, con su alada mente fuera de sí; y, dándose repetidos golpes en el cabello y en el pecho, gritaba con demente voz:

«Necios, ¿qué locura es la vuestra al traer de forma insensata este caballo enemigo que os va a precipitar en la noche postrera, en el fin de la guerra y en el sueño del que no se despierta nunca? De enemigos es este desfile guerrero; ya dan frutos de parto los sueños de la desgraciada Hécabe [32], se acaba el año que tanto se ha hecho esperar, el del fin de la guerra. Tal emboscada de héroes se nos acerca, a quienes, en lo más oscuro de la noche, relucientes con sus armas, este vigoroso caballo parirá para el combate; apenas hayan saltado a tierra se lanzarán a la lucha estos perfectos guerreros. Pues no serán mujeres quienes atiendan en sus dolores al parturiento caballo y cuiden a los hombres que nazcan, sino que la misma que lo construyó será su propia Ilitía; y al abrir ella su embarazado vientre dará un grito [33] la comadrona de este lamentable parto, Atenea, la destructora de ciudades. Y dentro

---

[31] Una Bacante.

[32] Los augures habían interpretado un sueño que había tenido Hécabe antes de nacer Paris en el que una tea encendida salía de sus entrañas e incendiaba la ciudad. La exposición del niño no fue suficiente para evitar que la profecía se cumpliese.

[33] El ritual en los nacimientos. Cf. GERLAUD, *Triphiodore...*, pág. 141.

de los muros ya rueda purpúreo un mar de sangre derramada y una ola de muerte, y en torno a las manos de mujeres que mueven a compasión se anudan ataduras que las violan y bajo las vigas se desliza el fuego escondido. ¡Ay de mí y mis dolores! ¡Ay de ti, ciudad de mis antepasados! Pronto serás para mí ligera ceniza; desaparece la obra de los inmortales [34], son arrancados de raíz los cimientos de Laomedonte. Y por ti, padre, y por ti, madre, me lamento. ¡Qué desgracias vais ya a sufrir ambos! Tú, padre, tras caer muerto de forma miserable, yacerás junto al altar del gran Zeus Herceo; y a ti, madre engendradora de héroes, los dioses te harán perder la forma humana y te convertirán en una perra rabiosa a causa de sus hijos [35]. Por ti, divina Políxena [36], enterrada cerca de la tierra patria, lloraré poco; ojalá algún Argivo, tras los llantos vertidos por ti, me mate a mí también. Pues, ¿qué necesidad tengo de más vida si se me reserva la más miserable muerte y me va a cubrir tierra extranjera? Tales cosas para mí trama mi dueña y tal destino para el propio rey Agamenón como recompensa por tantos esfuerzos. ¡Ea, entrad ya en razón o lo aprenderéis con el sufrimiento! Apartad, amigos, la nube de locura que os turba los sentidos. Romped con hachas el cuerpo del espacioso caballo o quemadlo con fuego; que perezcan los traidores hombres que oculta y

[34] Posidón y Apolo habían construido los muros de la ciudad.

[35] La metamorfosis de Hécabe está descrita en Higino, *Fáb.* 111, y de ella hacen mención, entre otros, Eur., *Héc.* 1265-1274, Licofrón, *Alejandra* 305, 330-334.

[36] La más joven de las hijas de Príamo y Hécabe. Después de la toma de Troya el espíritu de Aquiles se presentó a Neoptólemo y reclamó a Políxena como su parte en el botín, por lo que el joven inmoló a la doncella sobre la tumba de su padre. Esto se relacionaba con la leyenda que contaba que Aquiles estuvo enamorado de Políxena.

gran dolor haya para los Dánaos; y entonces celebradme banquetes y apresuraos a danzar ofreciendo crateras por la ansiada libertad.»

Así dijo; pero nadie le hacía caso; pues Apolo había hecho de ella una adivina a la vez excelente e indigna de crédito. Su padre la censuró increpándola con estas palabras:

«¿Qué divinidad de funesto nombre te ha traído de nuevo, adivina de desgracias, desvergonzada, mosca de perro? En vano intentas detenernos con tus ladridos. ¿No está cansado todavía tu ánimo por su rabiosa locura y no te has saciado de tus agoreras intemperancias? Muy al contrario, acudes, afligida por nuestros gozos, cuando Zeus el Crónida ha alumbrado para todos nosotros el día de la libertad y ha dispersado las naves de los Aqueos. Ya no se blanden las largas lanzas, ya no se tienden los arcos, no se ve ya brillo de espadas, callan los dardos; hay, en cambio, danzas y un canto armonioso en vez de batallas, la madre no se lamenta por su hijo ni la esposa, que ha enviado a su marido al combate, llora, viuda, ante su cadáver; Atenea, protectora de la ciudad, acoge el caballo que hemos arrastrado. Y tú, doncella impúdica, corriendo ante el palacio haces falsas profecías y con salvaje furor sufres por lo que no se cumple y profanas la ciudad sagrada. Vete, pues; a nosotros tocan las danzas y las fiestas. Porque no queda terror bajo los muros de Troya ni necesitamos ya tu profética voz.»

Tras hablar así ordenó que condujeran a la delirante muchacha a lo más profundo del palacio; a duras penas y de mal grado obedecía a su padre y, dejándose caer sobre su lecho virginal, lloraba porque conocía su destino; y ya veía el fuego asaltante sobre las murallas de su incen-

diada patria. Pero los demás, tras alzar el caballo sobre bien pulidos pedestales ante el templo de Atenea, la diosa protectora de la ciudad, quemaban hermosas víctimas sobre grasientos altares; los inmortales, sin embargo, rehusaban sus vanas hecatombes. El festín era general y extraordinario el exceso, exceso favorecedor de la embriaguez del vino que debilita. La ciudad entera estaba henchida de locura y aturdida en su descuido, y eran pocos los centinelas que se ocuparan de las puertas; pues ya la luz se ocultaba y la divina noche se echó, destructora de la ciudad, sobre la alta Ilión.

Entonces Afrodita, la muy sabia, adornó su resplandeciente cuerpo y, planeando un engaño, se presentó a la argiva Helena, la llamó y le dijo con persuasiva voz:

«Querida muchacha, te llama tu esposo, el valiente Menelao, que está escondido en el caballo de madera, y a su alrededor están emboscados los jefes de los Aqueos deseosos de luchar por ti. Vamos, ahora no te preocupes más del anciano Príamo ni de los demás Troyanos ni del propio Deífobo; pues te devuelvo ya a Menelao que tanto ha sufrido.»

Dicho esto la diosa se marchó de nuevo; y ella, seducido su corazón por los engaños, abandonó su perfumada habitación, y su esposo Deífobo la seguía; y al pasar, las mujeres troyanas que arrastran la túnica la admiraron. En cuanto llegó al templo de alto techo de Atenea se quedó quieta contemplando la hermosura del caballo fecundo en héroes. Tres veces dio la vuelta en su torno y provocaba a los Argivos citando por su nombre con tenue voz a todas las esposas de bella cabellera de los Aqueos. Y los de dentro tenían el corazón desgarrado por el dolor conteniendo en silencio prisioneras sus lágrimas; gemía Menelao

al oír a la Tindareone [37], lloraba el Tidida acordándose de Egialea [38] y el nombre de Penélope turbó el corazón de Odiseo. Pero solo Anticlo, cuando recibió el acicate de Laodamía [39], abrió la boca e intentó responder; mas Odiseo dio un salto y, cayendo sobre él, oprimía con las dos manos la boca que se aprestaba a abrirse; y, sujetando su mandíbula con irrompibles e indisolubles ligaduras, apretaba con todas sus fuerzas; y el otro se debatía bajo la presión de las manos, tratando de escapar de los potentes lazos del silencio asesino. El aliento vital lo abandonó; y los demás Aqueos lloraron por él con lágrimas furtivas, y, para ocultarlo, lo colocaron en el hueco costado del caballo después de haber extendido un manto sobre sus fríos miembros. Y quizá la astuta mujer habría seducido a algún otro de los Aqueos si Palas no hubiera venido a su encuentro desde el cielo para amenazarla con terrible mirada y, visible para ella sola, apartarla de su templo y despedirla con dura voz:

«Desgraciada, ¿hasta dónde te llevan tus crímenes y el deseo de lechos ajenos y la locura de Cipris? ¿No te compadeces aún de tu primer esposo ni añoras a tu hija Hermíone? ¿Todavía ayudas a los Troyanos? Retírate, sube al piso superior de tus habitaciones y acoge a las naves de los Aqueos con propicio fuego.»

Diciendo así desbarató la intriga estéril de la mujer. Sus pies la llevaron a su habitación; y los Troyanos, extenuados de cansancio, dejaron de bailar y cayeron rendidos por el sueño. Ya paró la forminge y, fatigada, yacía la flauta junto a la cratera y muchas copas, derramándose

[37] Helena, hija de Tindáreo.

[38] Hija de Admeto casada con Diomedes.

[39] Según Trifiodoro, nombre de la esposa de Anticlo.

ellas solas, se caían de las manos que colgaban. La Tranquilidad, compañera de la Noche, campaba voraz por la ciudad; no se escuchaba ni el ladrido de los perros y reinaba un completo silencio precursor del clamor que respira muerte.

Ya Zeus, dispensador de la guerra, suspendía la balanza fatal para los Troyanos y, a disgusto, hizo regresar a los Aqueos; y Febo Apolo se retiró de Ilión hacia su opulento templo de Licia entristecido a causa de las grandes murallas. Inmediatamente Sinón, junto a la tumba de Aquiles, hizo brillar la señal para los Argivos con muy luminosa tea, y durante toda la noche, desde lo alto de su habitación, también la propia Helena, la hermosa, mostraba a sus compañeros la dorada antorcha. Como cuando la luna, llena de brillante fuego, dora con su faz el resplandeciente cielo; no cuando, afilando las puntas de sus cuernos, aparece por primera vez en el mes y despide una sombría oscuridad, sino cuando, redondeando el luciente círculo de su ojo, atrae los rayos reflejados del sol; tal entonces, radiante, la joven terapnea [40] levantaba su enrojecido brazo como guía de la amistosa llama.

Los Argivos, cuando vieron suspenso en el aire el resplandor de la antorcha, a toda prisa hicieron virar a las naves por la ruta de regreso, y cada marinero se apresuraba procurando alcanzar el fin de una guerra de tan larga duración. Eran a la vez navegantes y valientes guerreros y se exhortaban mutuamente a remar; entonces las naves, veloces en su navegar ante el dócil soplo de los impetuosos vientos, volvieron a Ilión con la ayuda de Posidón. Allí los infantes corrieron los primeros y quedaron atrás los jinetes, para que los caballos no pusieran en pie al pueblo

[40] Helena, nacida en la ciudad laconia de Terapne.

troyano con sus excitados relinchos. Y los otros, los reyes armados, se deslizaban fuera del hueco vientre del caballo como lo hacen desde una encina las abejas, que, después de haber trabajado dentro de su espaciosa colmena urdiendo con oculto arte la cera dulce como la miel, se dispersan para libar por un arqueado valle lacerando con sus aguijones a los caminantes que pasan por su lado; así los Dánaos, abriendo los cerrojos de su secreta emboscada, corrían contra los Troyanos y, mientras éstos estaban aún en el lecho, les cubrieron de funestas pesadillas de muerte a hierro. La tierra nadaba en sangre, se levantaba un incesante clamor de los Troyanos en su huida y la sagrada Ilión rebosaba de caídos cadáveres, mientras los otros, con tumulto asesino, se lanzaban aquí y allá, como furiosos leones, empedrando las calles con cuerpos recién muertos.

Las mujeres troyanas lo oyen desde lo alto de sus tejados; las unas, sedientas todavía de la deseable libertad, ofrecen para la muerte los cuellos a sus desgraciados maridos; otras sobre sus queridos hijos, como ligeras golondrinas, gemían maternales; una joven, llorando a su novio que aún palpitaba, se apresuraba a morir también ella y no quiso someterse a las cadenas de la cautividad, sino que irritó al asesino que no quería matarla y compartió con su marido el lecho que le destinaba. Muchas, que llevaban en su seno hijos inmaduros e incapaces aún de respirar, sucumbían ellas mismas con sus criaturas en terrible muerte dejando escapar antes de tiempo el fruto de su vientre.

Y Enio, embriagada de sangre pura, danzó en su orgía por la ciudad durante toda la noche, como una tempestad, hirviente en las olas de la resonante guerra. Y con ella Éride, que alza su cabeza hasta el cielo, excitaba a los Argivos, pues también el sanguinario Ares, aunque tarde, llegó para traer a los Dánaos la victoria en la guerra que antes

concedía a otros y su socorro veleidoso. Gritaba desde la acrópolis Atenea, la de ojos claros, tremolando la égida, el escudo de Zeus; temblaba el éter cuando Hera avanzaba y bramaba gravemente la tierra sacudida por la punta tridente de Posidón; y Hades se estremeció y corrió desde sus sedes infernales, temeroso de que, por la gran irritación de Zeus, Hermes, el conductor de almas, llevara abajo a toda la raza de los hombres. Todo era confusión, la muerte no discriminaba; pues a unos, que huían por las puertas Esceas, los mataban los apostados allí; alguien, al saltar de la cama para buscar sus armas a oscuras, se ensartó en su propia lanza. Un hombre, escondido entre las sombras de una casa en la que era huésped, llamó a aquel a quien tenía por amigo; inocente, no iba a reunirse con persona amable, sino que recibió odiosos regalos de hospitalidad; otro, sobre un tejado, sin poder ver nada todavía, fue traspasado por rápida flecha. Y algunos, con el corazón pesado por el dañoso vino, asustados ante el ruido se apresuraron a bajar y olvidaron la escalera; cayeron sin darse cuenta desde los pisos altos y se rompieron las vértebras del cuello, destrozados y vomitando vino a la vez. Muchos, agrupados en un mismo lugar, morían luchando; muchos, al ser perseguidos, se derrumbaron desde las murallas hasta el Hades saltando con brinco postrero. Unos pocos, a través de un estrecho agujero, como ladrones, escaparon sin ser vistos de la tormenta que aniquilaba su patria. Pero los que estaban dentro, agitados por el temporal de guerra y tinieblas, se amontonaban unos sobre otros como muertos y no como fugitivos; la ciudad estaba saturada de sangre, viuda de hombres, llena de cadáveres. No había miramiento alguno; excitados por el insensato látigo del tumulto que siempre vela, no respetaban a los

dioses y su impulso impío profanaba con sangre los altares de los inmortales que no deberían conocer el duelo.

Los más dignos de compasión, los ancianos, eran matados con la más ultrajante muerte, no de pie, sino que caían postrados en el suelo con canosas cabezas y tendiendo sus brazos suplicantes. Muchos niños inocentes eran arrancados de los senos maternos para ellos efímeros y, sin saberlo, pagaban los crímenes de sus padres; la madre, presentando a su hijo el pecho en vano, le ofrecía una fúnebre libación de leche que él no podía beber. Aves de presa y perros a lo largo de la ciudad, aquí y allá, por el aire y por tierra como comensales de un mismo banquete, bebían la negra sangre y despedazaban la horrenda comida, y, mientras los gritos de ellas respiraban muerte, los otros aullaban con salvajes ladridos sobre los cuerpos mutilados de los hombres, implacables, sin importarles desgarrar a sus propios dueños. Dos guerreros se dirigieron hacia el palacio del mujeriego Deífobo, Odiseo y Menelao, el de hermosa cabellera, semejantes a lobos de afilados dientes, quienes en una noche invernal, ávidos de matanza, atacan los rebaños no vigilados y destrozan los esfuerzos de los pastores. Entonces, aunque eran sólo dos, se mezclaron con enemigos sin número; y surgió un nuevo combate entre unos que atacaban y otros que, desde lo alto del palacio, les arrojaban piedras y dardos que dan pronta muerte. Pero aun así, tras proteger sus arrogantes cabezas con cascos indestructibles y cubrirse con escudos, entraron corriendo en la gran casa; Odiseo hizo una matanza con su espada, como ante tímidos animales, entre la multitud que se le enfrentaba; el Atrida, por su parte, persiguiendo a Deífobo que se escondía lleno de miedo, lo alcanzó y, golpeándolo en medio del vientre, le desparramó el hígado con los resbaladizos intestinos. Así Deífobo yacía allí con

su destreza de auriga ya olvidada, y a Menelao lo seguía temblorosa, cautiva de guerra, su esposa, alegrándose a veces por el final de sus funestas desgracias, avergonzada otras; y aunque tarde, como en sueños, gemía a escondidas acordándose de su patria. El Eácida Neoptólemo mató junto al altar de Zeus Herceo al anciano rey abrumado por los dolores rechazando de sí la piedad que había tenido su padre; y no atendía sus súplicas ni sintió respeto al ver un cabello tan blanco como el de Peleo, gracias al cual antaño Aquiles quebrantó su cólera y perdonó, aunque lleno de ira, al anciano. Desgraciado, un destino semejante le iba a alcanzar más tarde también a él junto al altar del veraz Apolo, cuando, mientras saqueaba el divino templo, un Delfo lo expulsó y lo mató con el cuchillo sagrado [41]. Al ver cómo su hijo era arrojado cabeza abajo desde las aéreas torres —funesto proyectil del brazo de Odiseo—, Andrómaca daba gritos de dolor por la vida tan breve de Astianacte. A Casandra la deshonró el hijo de Oileo, el rápido Ayante, aunque se había postrado ante las rodillas de Palas, la diosa sin mancha; y Atenea reprobó con un gesto la violencia, y la que antes protegía a los Argivos por culpa de uno solo se irritó con todos. Afrodita sustrajo a Eneas y Anquises teniendo piedad del viejo y de su hijo y, lejos de su patria, los transportó a Ausonia [42]; y se cumplía la voluntad de los dioses con la apro-

[41] Según una versión, Neoptólemo saqueó el templo de Apolo en Delfos por considerar que había sido el dios, bajo la forma de Paris, el que había dado muerte a su padre. Posteriormente volvió a este santuario para averiguar las causas de la esterilidad de su matrimonio con Hermíone. Sacrificó para ello unos bueyes, con cuya carne, según era costumbre, pretendieron quedarse los servidores del templo. Neoptólemo trató de impedirlo por la fuerza y fue acuchillado por un Delfo llamado Maquereo.

[42] Italia.

bación de Zeus para que tuvieran un poder imperecedero los hijos y nietos de Afrodita, la amada por Ares. El Atrida protegió a los hijos y a la raza de Antenor, semejante a un dios, hospitalario anciano, acordándose de la antigua bienvenida y de la mesa común con la que lo acogió su esposa, la dulce Téano [43]. Desgraciada Laódice [44], a ti, sobre la tierra patria, te abrazó la tierra acogiéndote en su entreabierto seno; ni el Tesida Acamante ni ningún otro de los Aqueos te llevó cautiva, sino pereciste a la vez que tu patria.

Pero yo no podría cantar toda la avalancha de combates y los dolores de aquella noche explicándolos uno por uno; eso es tarea de las Musas; yo conduciré mi canto, como si fuera un caballo, de forma que gire rozando la meta [45]. Pues la ecuestre Aurora, apenas salida del Océano desde el oriente, hendió gran parte del cielo blanqueándolo lentamente y desgarró la cruenta noche; los Aqueos, exultantes ante su soberbia victoria en la guerra, miraban por todas partes a lo largo de la ciudad no fuera que algunos otros, escondidos, escaparan a la ruina mortal de todo un pueblo. Pero ellos habían sido sometidos por la red de la muerte que todo abarca, como peces derramados sobre las arenas marinas, y los Argivos sacaban de los palacios los ornamentos recién fabricados, ofrendas para los templos, y saqueaban muchos tesoros de las casas desiertas; y a la

[43] Antenor y Téano acogieron hospitalariamente a Odiseo y Menelao cuando fueron a Troya como embajadores para tratar de que Helena fuera devuelta.

[44] La más hermosa de las hijas de Príamo y Hécabe. Se decía que se había enamorado de Acamante, el hijo de Teseo, y se había unido a él en una fiesta. Desapareció tragada por la tierra a la vista de todos durante la toma de Troya.

[45] Para esta imagen, cf. GERLAUD, *Triphiodore...*, pág. 169.

vez conducían a la fuerza hacia las naves a las mujeres cautivas con sus hijos. Y, tras aplicar contra las murallas el fuego destructor de ciudades, arrasaron la obra de Posidón con una sola llamarada; y al punto la incendiada Ilión se convirtió en un enorme sepulcro para sus ciudadanos; el Janto [46], al ver la calamidad del fuego devastador de la ciudad, lloró con una fuente de gemidos que fluía hacia el mar, pero cedió ante Hefesto asustado por la cólera de Hera. Y tras verter la sangre de Políxena sobre la tumba del difunto Eácida para aplacar su cólera, sortearon a las mujeres troyanas y se repartieron todo lo demás, oro y plata, con lo cual los Aqueos cargaron sus profundas naves y se hicieron a la mar desde Troya por el resonante mar después de haber terminado la guerra.

[46] Río de la Tróade.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

(Topónimos y gentilicios en cursiva. Se cita el número de verso.)

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE GENERAL

LICOFRÓN

ALEJANDRA

TRIFIODORO

LA TOMA DE ILIÓN

COLUTO

EL RAPTO DE HELENA